

LA FILOSOFÍA DE HERÁCLITO

Heráclito, llamado el Oscuro (ὁ σκοτεινός), nació en Efeso, cerca del año de 530 antes de Cristo. Florecía a mediados del reinado de Darío. Pertenecía a una antigua familia real y resignó el título de βασιλεὺς en favor de su hermano. Nada o casi nada se sabe sobre su vida. Las leyendas que nos han llegado no parecen sino conjeturas edificadas sobre los más tenuous fundamentos. Dice Heráclito que es muerte para el alma el convertirse en agua, y se asegura que murió de hidropesía. Dice también que arrojamus de nosotros los cadáveres como si fueran estiércol, y de ello se colige que se cubrió de estiércol como de un salúfifero bálsamo para librarse de la hidropesía. Nos dice Balmes que no carecía de orgullo, pues habiendo empezado por decir que no sabía nada, acabó por afirmar modestamente que nada ignoraba.

Heráclito escribió una obra cuyo título no conocemos y que quedó dividida en tres partes, la primera de las cuales trata del universo, la segunda es política, y teológica la tercera. De esta obra nos quedan unos ciento treinta fragmentos, que bastan para darnos una idea de la filosofía de su autor, y del puesto que debemos asignarle en la historia del pensamiento humano.

En estos fragmentos habla Heráclito de Xenófanes y de Pitágoras. Conocía, por consiguiente, las teorías de estos filósofos, las cuales influyeron quizás directa o indirectamente sobre la dirección de su propio pensamiento. Nos dice Sotión (1) que fue discípulo de Xenófanes, pero la cosa no parece probable, puesto que Xenófanes se había probablemente ya alejado del Asia Menor cuando nació Heráclito. En todo caso, la filoso-

(1) Sotión de Alejandría, escritor del siglo 3.º antes de Cristo, autor de un tratado en veintitrés libros sobre las escuelas filosóficas, intitulado Διαδοχαί, y citado a menudo por Diógenes Laercio.

fía de Heráclito no lo muestra discípulo de Xenófanes, sino de los antiguos filósofos jónicos Tales y Anaximenes. Los nombres de estos filósofos no se hallan mencionados en los fragmentos de Heráclito que han llegado hasta nosotros, pero no debemos olvidar que estos fragmentos no representan sino una parte casi insignificante de la obra del célebre efesino.

Entre estos fragmentos los que siguen podrán dar una idea de la filosofía de Heráclito y del material de que tenemos que valernos para estudiar la filosofía presocrática.

18. Ninguno de aquellos cuyos discursos he oído ha llegado a este resultado: el conocimiento de que la sabiduría quede separada de las cosas.

21. Las transformaciones del fuego son primero el mar; y del mar la una mitad es tierra y la otra tempestad.

22. Por medio del fuego se truecan todas las cosas; como se truecan las mercancías por el oro y éste por las mercancías.

25. El fuego vive en la muerte de la tierra, y el aire en la muerte del fuego; el agua vive en la muerte del aire, y la tierra en la del agua.

36. Dios es día y noche, invierno y verano; guerra y paz; saciedad y hambre; pues toma diferentes formas, como cuando se mezcla el incienso con el incienso. Le da a cada cual el nombre que no le gusta.

41. No podéis meter el pie dos veces en el mismo río; pues siempre corren en este río otras y otras aguas.

52. El agua del mar es la más pura y la más impura de las aguas: es potable y sana para los peces; nociva para los hombres.

57. El bien y el mal son una misma cosa.

58. Los médicos que cortan, y queman, y torturan a los enfermos, se quejan de no recibir de ellos suficiente remuneración.

62. Deberían saber los hombres que la guerra es general y que la justicia es contienda. Por medio de la lucha todas las cosas llegan a ser y perecen.

68. Es muerte para el alma el convertirse en agua; y es muerte para el agua en convertirse en tierra; pero de la tierra nació el agua y del agua el alma.

69. En los mismos ríos entramos y no entramos; estamos y no estamos.

En la famosa obra intitulada *Early Greek Philosophy*, llega John Burnet a la conclusión de que se creyó Heráclito poseedor de una verdad que hasta entonces no habían conocido los mortales. Este descubrimiento primordial es, según Burnet, el principio, proclamado entonces por vez primera, de que lo uno es múltiple y de que lo múltiple es uno. La sabiduría no consiste en el conocimiento de muchas cosas, sino en la inteligencia de la unidad fundamental de los contrarios.

Esta doctrina de Heráclito fue censurada por Aristóteles, el cual le acusó de haber negado el principio de contradicción. Hegel, al contrario, saludó a Heráclito como a un precursor, como al primero que, en la historia del pensamiento humano, hubiese tenido el genio de proclamar la identidad de los contrarios.

Según algunos autores modernos, no merece Heráclito ni la censura de Aristóteles ni Hegel. El principio que él proclamó no fue un principio lógico, pues la lógica todavía no existía. La identidad de la que se hizo el campeón era puramente física y el proclamar en lo concreto la identidad difiere de todo en todo del sostener que en lo abstracto el ser es idéntico con el no ser. Burnet, seguido por

Que se nos permita aquí titubear antes de declarar que ni Aristóteles ni Hegel comprendieron a Heráclito, pues a esto equivale la aserción de Burnet. Sin duda la ciencia de la lógica no existía antes de que saliese ya perfecta de la mente de Aristóteles; pero existe una

(1) BURNET, *Early Greek Philosophy*, 2.^a edición, página 160; TURNER, *History of Philosophy*, página 56.

lógica natural que es tan antigua como la inteligencia humana. Desde que empezaron los hombres a raciocinar, emitieron principios lógicos, que, si bien no se hallaron desde el primer día consignados en obras didácticas, tienen, sin embargo, todo derecho a ser considerados como principios lógicos. O, si nos es permitido hablar con estricta propiedad, la verdad es una y eterna, y las divisiones y las clasificaciones que de ella hacemos nosotros son debidas a la flaqueza de nuestra inteligencia, que no puede abarcarla sin dividirla. Cuando, en uno de sus fragmentos, proclama Heráclito la identidad del bien y del mal, es el genuino precursor de Hegel. Y si en el fragmento siguiente nos explica su pensamiento con el ejemplo de los médicos que que man y torturan a los enfermos, y, con todo, exigen una retribución, ¿en qué difiere de Hegel, que, para probar la identidad de lo positivo y de lo negativo, aduce los ejemplos del deudor y del creditor, del imán, de bases y de ácidos, del agua y del aire? Todo lo que existe es concreto, nos dice Hegel, como si quisiera refutar de antemano a sus críticos (1).

Otra teoría de Heráclito, más conocida todavía que la que acabamos de exponer e íntimamente enlazada con ella, es la del cambio universal.

La muchedumbre, nos dice Heráclito—y en esta muchedumbre incluye a los filósofos y a los poetas, a Pitágoras y a Homero,—no puede ver más allá del testimonio de los sentidos. Se deja engañar de apariencias falaces e ignora del todo los dictados de la razón. Lo primero que esta razón nos enseña es que en el universo que nos rodea no hay nada permanente. Todo cambia sin cesar, πάντα ρεῖ. Es imposible meter el pie dos veces en el mismo río.

Fue esta teoría la que llevó a Platón a llamar jocosamente a los discípulos de Heráclito “los fluentes,”

(1) HEGEL, *Logic* (Wallace's ed.), página 222.

τοὺς ρέοντας. Uno de estos discípulos, Cratilo, más atrevido que el maestro, no vaciló en afirmar que no podemos meter el pie en el mismo río ni siquiera una vez. Y nos dice Aristóteles que el tal Cratilo, después de promulgar tan docta enseñanza, no quiso añadir ni una palabra, sino que se contentó con menear el dedo.

Esta teoría del cambio universal no debe, sin embargo, su nacimiento a Heráclito. Antes de él, Tales y Anaximenes habían formulado una teoría del universo cuya esencia consistía en la inteligencia de la posible y actual transformación de la materia de un estado a otro. Hay más aún. Nos enseña Platón que semejante concepción del universo remontaba hasta Hesíodo y Homero (1). Pero la teoría de la unidad de los contrarios sí parece que debe atribuírse a Heráclito. Esta era a lo menos la opinión de los griegos de Alejandría, a principios de la era cristiana. “Lo que está hecho de dos opuestos es uno, dice Filón, y cuando se divide lo uno, estos opuestos se manifiestan. ¿No es esto lo que dicen los griegos que el famoso y alabado Heráclito puso de fundamento a su filosofía, como si la resumiese, ufano de haber hecho un descubrimiento nuevo?” (2).

Parece, pues, probable que Heráclito, si bien fue el legítimo sucesor de los antiguos jónicos, introdujo en su teoría importantes modificaciones. Y modificó también la concepción que de la naturaleza material del mundo habían formado sus predecesores. En vez del agua y del aire que Tales y Anaximenes habían aducido respectivamente como constitutivos de la esencia del universo, Heráclito introdujo el fuego. Según él, el fuego es el elemento primordial del mundo. Por medio de los procesos de condensación y de rarefacción, dio origen a todos los seres que nos rodean. Al condensarse llegó a formar el aire, el agua y la tierra. Rarificándose, puede volver a su condición primera.

(1) PLATÓN, *Cratilo*, § 19.

(2) FILÓN, *Rer. Div. Her.*, 43.

Al estudiar la filosofía de Tales y de Anaximenes hemos visto que por agua y aire no querían significar los compuestos que nuestra moderna química designa con los mismos nombres. El agua era para ellos todo líquido; el aire, todo sér que se halla reducido al estado de vapor. Y la verdad que Tales proclamó fue que el mundo se había hallado originalmente en el estado de fusión y que todos los sólidos pueden todavía volver al mismo estado; mientras que Anaximenes, dando un paso más en el mismo camino, proclamó que todo lo que existe puede ser reducido al estado gaseoso, y que esta fue tal vez la condición original del universo.

El fuego de Heráclito es algo todavía más tenue que el aire de Anaximenes. Es el último término de un proceso que, empezando con la tierra, pasa por el agua y el aire. El fuego, y no el aire, es lo que más se acerca a lo inmaterial. Empero, la distinción entre lo material y lo inmaterial no existía entonces sino en un estado rudimentario. Es el fuego que, según Heráclito, constituye el alma humana y da vida al cuerpo. El hombre está compuesto de tierra, de agua y de fuego, y, cuando ha huído el fuego del compuesto humano, lo restante, mera tierra y agua, es despreciable.

Sobre la naturaleza del fuego de Heráclito ha habido, tanto entre los antiguos como entre los modernos, gran variedad de opiniones. Los hay que piensan que el tal fuego no es de ningún modo el fuego material. Según ellos, la palabra fuego, en los fragmentos del célebre efesino, tiene un sentido enteramente metafórico. Significa el fuego de la contienda, de la lucha, que, según Heráclito, existe entre las cosas y las mantiene en continuo movimiento. Entre los sostenedores de tal teoría contamos al señor Woodbridge.

Entre nuestro concepto, no merece esta opinión seria consideración. Sin duda Heráclito habla de la lucha y la cree necesaria a la existencia del universo. "Si no existiese la lucha, nos dice, perecerían todas las cosas."

Pero es de notar que no hace nunca la palabra lucha sinónima de fuego; y que, siempre que nos habla del fuego, los pone en contraste con el aire y la tierra, no con la paz o el amor. "El fuego vive en la muerte de la tierra, nos dice en uno de sus fragmentos, y el aire en la muerte del fuego; el agua vive en la muerte del aire, y la tierra en la del agua." "Las transformaciones del fuego, dice en otro, son primero el mar; y del mar, una mitad es tierra y la otra tempestad (*πρηστήρ*)."

No cabe duda de que el fuego de Heráclito sea el fuego material; pero sobre el modo como el fuego constituye la esencia de las cosas, han nacido problemas que no admiten tan fácil solución.

Nosin razón se ha llamado a Heráclito "el Oscuro"; y algunos de sus comentadores, aun entre los más grandes, parecen haber tomado a pechos el hacerlo más oscuro todavía. Existe en el *Cratilo* de Platón un pasaje famoso que merece detenernos un momento. ¿No es el norteamericano Whitney quien ha dicho que los griegos antiguos, tan eminentes en todos los aspectos del saber humano, se volvían ridículos al tratar de etimología? En el pasaje que ahora nos concierne, examina Platón la etimología de la palabra *δίκαιον* (justo). "Los que enseñan que todas las cosas se hallan en movimiento, nos dice, piensan que la mayor parte de lo que existe no hace más que moverse. Existe algo, sin embargo, que penetra todo lo que se mueve, y, a causa de esto, llegan a ser todas las cosas, y esto es por naturaleza lo más tenue y rápido. Pues no podría penetrar todo lo móvil si no fuese lo más tenue; y ha de ser lo más rápido, a fin de servirse de los demás seres como si no se moviesen." Esto, que penetra todos los seres, es lo justo, y debería llamarse *διαίδον* (que penetra), pero, por razón de eufonía, se ha insertado una *κ* y se ha formado la palabra *δίκαιον*. "Según algunos, añade Platón, lo justo es el sol, pues penetra todas las cosas calentándolas. Pero, cuando, ufano de haber hallado la verdad, la comunico al primero que encuentro, se burla de mí y

me pregunta si ya no existe lo justo cuando se pone el sol. Y preguntándole yo entonces qué opinión tiene él sobre el sujeto, me contesta que lo justo es el fuego, pero que es difícil que lo entiendan los hombres. Un tercero me afirma que no es el fuego sino el calor. Otro, en fin, se burla de ellos todos, y me asegura que el único que ha visto claro en el asunto es Anaxágoras, el cual hace lo justo sinónimo de la inteligencia" (1).

En este pasaje ni siquiera queda mencionado el nombre de Heráclito. No hay duda, sin embargo, de que él es a quien tiene Platón en la mente al asimilar lo justo con el fuego. Y teniendo en cuenta el pasaje entero, el fuego no sería el estado sutil a que puede llegar a ser toda materia, y en el que se halló quizás originalmente el universo, sino algo que penetra las cosas, pero no se confunde con ellas. El fuego sería entonces un elemento importante del universo, el más importante tal vez, pero habría cosas que no serían de fuego.

A primera vista, este pasaje parece contradecir la opinión de que el fuego ha llegado a formar todo lo que existe por medio del proceso de condensación, pero la contradicción es más bien aparente que real. No se refiere Platón a la condición original del universo, sino al universo tal cual existe ahora; y si bien, al principio, todo era de fuego, ahora, después de que se ha efectuado el proceso de condensación, existen también el aire, el agua y la tierra. ¿No concuerda esto con la hipótesis de nuestros modernos geólogos, que nos afirman que el mundo se hallaba originalmente en estado de ignición? El fuego existe ahora, sin duda, y penetra todas las cosas, pero existen líquidos y sólidos que, si bien han sido fuego en lo pasado y pueden volver a serlo, en lo presente propiamente no lo son. O, si nos es permitido valernos del lenguaje de los escolásticos, al principio todo era fuego en acto; pero, en el estado actual del mundo, unos seres son fuego en acto y otros fuego en potencia.

(1) PLATÓN, *Cratilo*, XXVII.

Y para probar que tal fue la doctrina de Heráclito, bástenos citar un pasaje de Aristóteles, que no nos dejará duda alguna. En su Física expone el Estagirita la teoría de Empédocles, según la cual los cuatro elementos, fuego, aire, agua y tierra, han siempre existido. No piensa Aristóteles que en lo pasado todo haya sido fuego, y nos dice: "Para que el universo, aun si lo suponemos limitado, llegue a ser un elemento único, como lo pretende Heráclito, que afirma que en lo pasado todo ha sido fuego, es preciso que uno de los cuatro elementos llegue a ser infinito" (1).

Nos resta ahora examinar una opinión del señor Burnet, que no carece de importancia, puesto que el volumen intitulado *Early Greek Philosophy* se estudia o se consulta en todas las grandes universidades de este país. En esta obra famosa que, en medio de una masa inmensa de erudición, contiene tantas teorías inadmisibles, nos enseña Burnet que no explicó Heráclito las transformaciones del mundo material por medio de los procesos de condensación y de rarefacción. En los fragmentos, añade Burnet, no hallamos nada sobre condensación o rarefacción. El proceso por medio del cual llegó a formarse el universo fue un proceso de cambio. Pruébalo el fragmento siguiente: "Por medio del fuego se truecan todas las cosas; como se truecan las mercancías por el oro y éste por las mercancías."

Esta opinión de Burnet me trae siempre a la memoria el pensamiento de Tomás Hobbes: "Las palabras son las fichas del sabio; sólo calcula por medio de ellas; son el dinero de los locos." Pues, la mejor voluntad del mundo me hace hallar en la doctrina de Burnet sobre el particular, palabras y no más que palabras; sentido no puedo hallarlo.

Cuando se nos dice que por el oro se truecan las mercancías, sabemos muy bien lo que se nos quiere dar a entender: el oro existía; las mercancías existían

(1) ARISTÓTELES, *Física*, Libro III, capítulo 7.

también; cada persona dio una cosa y recibió otra; nueva existencia no la hay. Si, por consiguiente, queremos explicar del mismo modo las transformaciones del mundo material, no acertaremos, puesto que no habrá transformación. A lo sumo, podrá explicar el señor Bur-net que los diversos elementos del mundo dejen de existir en un lugar para existir en otro, pero verdadera transformación no la habrá. Y entonces, ¿cómo explicar el pasaje de Aristóteles que hemos citado hace poco, o la doctrina de Heráclito que afirma que todo es de fuego?

En lo que nos queda de Heráclito, no se hallan, es verdad, las dos palabras "condensación" y "rarefacción." Pero ¿cómo explicar de otro modo que por un proceso de transformación directa los fragmentos 21 y 25: "Las transformaciones del fuego son primero el mar; y del mar la una mitad es tierra y la otra tempestad." "El fuego vive en la muerte de la tierra, y el aire en la muerte del fuego; el agua vive en la muerte del aire, y la tierra en la del agua"?

Heráclito es el legítimo sucesor de la vieja escuela jónica. Después de Talés, que afirmó que todo había sido líquido y podía volver a serlo; después de Anaximenes, que afirmó que todo había sido aeriforme y podía volver a serlo, Heráclito, yendo más allá en la misma dirección, halló otro estado del mundo material todavía más tenue que el aire. Lo llamó fuego. Enseñó que en tal estado se había hallado originalmente el mundo. No dudó de que todos los cuerpos del universo, tanto los sólidos como los líquidos, pudiesen volver al mismo estado original. Y así concibió al universo como a una entidad móvil, en estado de perpetuo flujo, en incesante evolución. Afirmó, por fin, que ni aun en el mismo instante, se parece algo a sí mismo. El bien es idéntico con el mal. Los opuestos son iguales. Más de veinte siglos antes de Hegel, formuló el principio fundamental del hegelianismo.

JOSÉ LUIS PERRIER
Colegial honorario

Brooklyn, julio de 1915.